

Universidad ayer y hoy

Alfredo Fierro

Catedrático emérito de la Universidad de Málaga

JUNTO CON LA IGLESIA O LAS IGLESIAS, TODAVÍA ANTERIORES, LA Universidad y las universidades representan la institución más antigua de Occidente, ahora con casi un milenio de historia. Cuando aún no había Estado, hubo ya Universidad: en Bolonia, en Oxford; por aquí en Salamanca, Valladolid, Alcalá. Antes de aparecer el vocablo «universidad» y como germen de lo que serían las universidades medievales y modernas, con el nombre de «Studium Generale» u otro, existían las escuelas monásticas y catedralicias, muy centradas en la Teología y el estudio de la Biblia.

Con o sin el nombre hubo Universidad cuando en una institución se empezó a impartir la universalidad de los saberes, no la Teología solo. En la Edad Media se organizaban éstos en los conjuntos del «trívium» (gramática, lógica, retórica) y del «cuadrivium» (aritmética, geometría, astronomía, música). Otras disciplinas de la Universidad medieval eran el Derecho y una Filosofía por entonces practicada al servicio de la Teología.

En el curso de la Edad Moderna, esos saberes han corrido dispar suerte. Seguramente fue la astronomía la disciplina que más prosperó en el siglo XVI cambiando por completo nuestra imagen del universo y de nosotros mismos. Desde Copérnico y Galileo sabemos que los humanos no somos el centro del cosmos. Después de ellos, al compás y a medida de su creciente potencia, los telescopios nos han ido haciendo más y mejor sabedores de la exigua medida, una mota de polvo, de la Tierra en el espacio sideral.

En el Renacimiento, a la vez que la ciencia de los astros, cobran auge extraordinario la Anatomía humana y la Medicina: practicadas desde la antigüedad, pero ahora en desarrollo exponencial, son incorporadas a la Universidad como todas las ciencias naturales. A lo largo de la Edad Moderna, la Universidad se ocupa de ellas junto con Matemáticas, Filosofía y Derecho.

4

**«En los decenios bisagra
entre el final del siglo XIX y
el comienzo del XX llegan a
la Universidad las ciencias
humanas y sociales o, en mejor
término, antroposociales.»**

«Cuando aún no había Estado, hubo ya Universidad.»

En los decenios bisagra entre el final del siglo XIX y el comienzo del XX llegan a la Universidad las ciencias humanas y sociales o, en mejor término, antroposociales. Algunos filósofos del momento tratan de justificar su valor científico pese a su contraste con las ciencias naturales apelando a su carácter idiográfico —así Windelband (1848-1915)— o al amparo de una epistemología de «ciencias del espíritu» —así Dilthey (1833-1911)—. Este tipo de justificación no ha prosperado. Con Durkheim (1858-1917) en Sociología y Pavlov (1849-1936) en Psicología estas ciencias han crecido dentro de un paradigma naturalista y empirista: de ciencia natural.

Por esos mismos años, Unamuno, que sería Rector en la Universidad de Salamanca, diserta sobre las universidades españolas de manera muy crítica (destaca en ello su ensayo *De la enseñanza superior en España*, de 1899). Las universidades de entonces, a su juicio, son meras oficinas del Estado para impartir títulos. Por otra parte, «el espíritu de dogmatismo intransigente y sectario ha impedido que haya habido escuelas españolas ni ciencia española». Considera a los catedráticos, por su absentismo y desinterés, responsables principales de esa postración de la enseñanza superior, sin otro interés que vender su propio libro de texto.

Más enjundia tiene el escrito *Misión de la Universidad* de Ortega y Gasset, de 1930. Es misión o cometido de la Universidad, según él, transmitir cultura, formar profesionales e investigar. Dentro de ese conglomerado, la función primaria suya es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales y científicas, enseñanza que hará del estudiante una persona culta y, a la vez, un buen profesional. Añade Ortega que a la Universidad ha de rodearla una zona de investigación, que, sin embargo, a su juicio, no constituye su centro. Por lo cual entiende que, en la selección del profesorado, ha de contar, no la categoría investigadora, sino el talento sintético y las dotes docentes de los candidatos.

A lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del XX, el modelo más prestigioso de Universidad, visto desde España, ha sido el alemán. Durante algún tiempo ha sido preciso ir a estudiar a Alemania para doctorarse o formarse bien, ya en Filosofía o Derecho, ya en Física o Química. Se comprende con solo mirar la nómina de rectores de la universidad de Berlín en ese siglo y medio con figuras como Fichte, Savigny, Schleiermacher, Hegel, Mommsen, Curtius, Harnack, Max Planck o Hans Meyer.

Formato distinto de las alemanas, donde por cierto se mantuvieron los estudios de Teología (la reformada y la católica), han tenido las

universidades británicas de Oxford y Cambridge, con sus *Colleges* y un palmarés de premios Nobel solo superado por algunas de Estados Unidos. En España, sin embargo, no se ha atendido el modelo británico. En la actualidad son referente las estadounidenses y ahora es allí, a los Estados Unidos, donde mayormente hay que ir para formarse, graduarse, doctorarse.

A diferencia de las universidades decimonónicas, en las actuales han adquirido preponderancia las disciplinas tecnológicas, reunidas a veces en universidades exclusivamente politécnicas. En España las universidades privadas han tomado de manera resuelta ese camino, añadiendo únicamente disciplinas empresariales y psicopedagógicas, que atraen al alumnado porque parecen asegurar salidas profesionales. En general, en todas las universidades, también en las públicas, ha habido un desplazamiento hacia la función universitaria de preparar buenos profesionales de nivel superior.

Comentarios prescindibles

Sean ahora algunas notas marginales o al pie del anterior bosquejo histórico, bien imperfecto, en particular al hilo de los análisis de Ortega y de Unamuno.

Los males señalados por Unamuno se han reducido mucho, aunque no por completo. Todavía hacia 1980 se daba una forma suave de absentismo en el modo en que profesores vivían en una capital distinta de la de su universidad. Discúlpese esta anotación más personal que las que seguirán: en ese año, en la Facultad de Psicología de Salamanca, donde yo era profesor, ninguno de los cuatro catedráticos directores de departamento residía en la ciudad, sino en Madrid, viniendo a Salamanca un par de días a la semana, cuando les tocaba clase. Por ese tiempo, a dicha práctica, no exclusiva de mi Facultad salmantina, alguien la llamó «guadalajarismo»: vida en Madrid, docencia en Guadalajara (o en Toledo, también había casos).

7

Algunos profesores han continuado –pongamos hasta casi ayer- poco menos que obligando a los alumnos a comprar su libro de texto. El extremo era cuando estos habían de presentarse a examen mostrando dicho libro con su nombre y no en segundo uso. También aquí podría dar nombre y apellidos de catedrático, esta vez hacia 1985 en la Universidad de Málaga. Sin llegar a ese extremo han abundado los profesores con excesivo interés en la venta de su manual, supuestamente mejor siempre que el de otro colega.

En cuanto a la Universidad como oficina de expedición de títulos, algo ha cambiado, pero tampoco del todo. No pocos alumnos, incluidos algunos políticos en ejercicio, parecen haberse matriculado no para estudiar y formarse, sino para obtener un título que les permita hacer carrera.

De las funciones que Ortega asignó a la Universidad ha saltado a primer plano la de formar los profesionales que necesita la sociedad. La

de transmitir cultura ha desaparecido excepto en las titulaciones de humanidades. Cada vez es más numeroso el censo de los graduados en una disciplina, incultos en todo lo demás.

Oficialmente, la investigación ha venido a tener tanta importancia o más que la docencia en la selección inicial y en la promoción del profesorado. En orden a carrera docente, acreditación, acceso a un concreto puesto académico, sexenios, financiación de la actividad investigadora, a la hora de valorar méritos parece contar, sobre todo, esta actividad

«Es misión o cometido de la Universidad, según Ortega y Gasset, transmitir cultura, formar profesionales e investigar.»

y no, mucho menos, la docente. Ahora bien, el mejor investigador no siempre es el mejor docente. Y no pequeño es el problema de los criterios con los que por sistema se evalúa la calidad investigadora: publicaciones en revistas de impacto, referencias y citas por parte de otros estudiosos. En busca de hacer méritos y en desnaturalización del sistema no pocos de los que todavía han de hacerlos se dedican no tanto a investigar cuanto a publicar y a citarse unos a otros.

En la selección y ascenso de profesores, ¿han de contar los méritos o más bien las capacidades objetivamente demostradas? Me gusta citar lo que se cuenta —*se non vero, ben trovato*— de la oposición en la que Unamuno obtuvo la cátedra de griego en Salamanca. Al parecer un miembro del tribunal, que presidía Juan Valera, comentó algo así: «Este no sabe más griego que los otros, pero lo aprenderá». Tampoco nos consta si Unamuno aprendió mucho griego y profundizó en él. Desde luego no sobresalió como helenista. Pero sin su acceso a una cátedra universitaria —que hoy no obtendría— quizá se hubiera perdido mucho de su talento.

Algo semejante cabe decir de Antonio Machado, que tampoco se distinguió por profundos estudios en filología de la lengua francesa, que enseñó en varios institutos de provincias, no en la Universidad. Bajo el apócrifo Juan de Mairena, a mitad de los años 30, Machado bosquejó un proyecto de Escuela Popular de Sabiduría Superior. Puntualizaba: lo popular era la Escuela, no la sabiduría; y lo superior, no la Escuela, sino la sabiduría, consistente en «repensar lo pensado, dejar de saber lo sabido, dudar de la propia duda». Hay no solo filosofía, sino también nostalgia de la Universidad decimonónica —¿alemana?— en esa propuesta de Machado. En esto último su idea de la enseñanza superior no es tan completa como la de Ortega. En cuanto al proyecto —de pura lógica democrática— de una enseñanza superior para el «pueblo», universal por tanto, su implementación conduce a una vía difícil: la Universidad, ¿no es irremediamente una institución elitista, no para mayorías, solo para una más o menos «inmensa minoría»?; ¿cabe

**«El mejor investigador
no siempre es el mejor
docente.»**

**«¿No es irremediablemente la
Universidad una institución
elitista, no para mayorías,
solo para una más o menos
“inmensa minoría”? ¿Cabe en
verdad una Universidad “para
todos”?»**

en verdad una Universidad «para todos»? Es el quid de la cuestión, la cruz de cualquier política universitaria radicalmente democrática.

A la creciente proporción de jóvenes en la Universidad, junto con el crecimiento del número de profesores necesarios para atenderlos, se ha atribuido el —real o presunto— descenso de la calidad universitaria. Los problemas inmediatos, a la vista en la Universidad española, tienen que ver principalmente con el profesorado (también, claro, con los recursos, pero esto es común a toda institución). Problema político de mayor calibre a la larga en cualquier país desarrollado y democrático es el relativo al alumnado.

En el límite extremo de la lógica de una democracia avanzada, las cuestiones más espinosas —el quid, la cruz— de una política en educación superior son —o me parecen— insolubles en un futuro próximo. La formación para el ejercicio de profesiones, ¿habría de ser toda ella universitaria? Por supuesto ha de garantizarse el acceso a la Universidad desde todos los niveles socioeconómicos; pero esto a salvo, individualmente, uno a uno, ¿todos los jóvenes que lo quieran deberían tener acceso a ella? ¿Es un derecho ciudadano universal poder acceder a la Universidad tras superar las oportunas pruebas? ¿Puede la sociedad contemplar titulados universitarios para todos los oficios? ¿puede becar a cuantos aspiren a estudios superiores sin medios económicos propios para costeárselos? No me siento capaz de ir más allá de las preguntas. —